

RESEÑAS

Dorian Espezúa Salmón. Todas las sangres en debate. Científicos sociales versus críticos literarios. Lima: Magreb, 2011. 356 pp.

José María Arguedas, el más importante narrador peruano del siglo XX, es el gestor de una de las manifestaciones literarias que mayor expectativa interdisciplinaria ha causado, propiciando una verdadera revolución en el campo social y cultural. Dorian Espezúa despliega y sustenta esta hipótesis en su más reciente publicación, que estudia el desencuentro entre los críticos literarios y los científicos sociales en el conocido y polémico debate sobre la novela mayor de José María Arguedas, *Todas las sangres* (TLS), llevado a cabo el 23 de junio de 1965. Es clara y contundente la visión crítica en la labor revisionista del autor, puesto que actualiza el debate desde un enfoque integral, situándonos, a la vez, en un debate mayor en torno al abordaje interdisciplinario de las obras literarias. La aspiración interdisciplinaria de los estudios literarios debe fundamentarse en el diálogo. La obra arguediana lo evidencia y lo demanda, no obstante Espezúa cuestiona abiertamente la imposibilidad de este hecho.

En el primer capítulo el autor divide el corpus crítico arguediano en tres líneas: el abordaje desde las ciencias sociales y desde la crítica literaria que, por un lado, asume el nexo necesario entre el texto y su contexto y, por otro, asume una orientación textual inmanentista. Dentro de este panorama Espezúa se ubica en la tendencia particular que revalora lo ficcional desde su anclaje en la realidad. La aproximación al debate se realiza desde esta perspectiva, donde se lo concibe como un punto de partida para problematizar la comprensión del estatuto ficcional de la narrativa arguediana. La función del crítico, sostiene Espezúa, es hacer “más real lo ficcional o más verdadero lo verosímil, de modo que el texto esté conectado a su contexto, el signifiante al significado y el discurso a su referente” (21). Dicho de otro modo, la obra arguediana, en tanto una visión andina del mundo, en tanto una manifestación transcultural que vivifica en su lenguaje una realidad, la indígena, que ya no es más la remota ni la exótica, sino la esencial y la nuestra, en tanto plasma una visión heterogénea y conflictiva de las aún incipientes y fragmentadas modernidades latinoamericanas en las que convergemos, como lectores, para hallarnos

en medio de posesión y desposesión de identidades, desde luego nos conduce a lo real, porque la representación literaria transforma el posicionamiento vital y simbólico del lector.

Espezúa inicia el segundo capítulo con una premisa guía de la que se desprenden nuevas argumentaciones: el debate sobre TLS es un momento crucial dentro de la tradición crítica de la literatura peruana, porque generó la discusión más importante sobre la problemática de la representación en el discurso literario. El autor advierte que los críticos literarios y los científicos sociales participantes se agruparon en dos posturas: en la primera se reunieron estudiosos que, al relegar la función representacional de la obra literaria, determinaron que ésta no se ajustaba fielmente a la realidad, en consecuencia sólo atinaba a distorsionarla desde un enfoque fragmentario y engañoso. En tal sentido, cuestionaron la obra por su deuda testimonial. Por otro lado, en la segunda postura se reunieron estudiosos que interpretaron la obra como una realización textual que no distorsiona lo real, todo lo contrario, su reelaboración de la experiencia vital del escritor destacó lo que esta tenía de significativa. De esta contraposición Espezúa deduce que autores como Arguedas no sólo nos acercan a lo real, sino además desafían la idea de realidad que construye el lector como memoria, vivencia actual y proyección.

En el tercer capítulo el autor lleva a cabo un seguimiento minucioso de los eventos que conformaron el marco de referencia del

debate central, así como de los estudios posteriores que exploran la significación del mismo. De esta manera, menciona el debate sobre la novela *La tierra prometida* (1958) de Luis Felipe Angell (Sofocleto). Más adelante destaca la Primera Mesa Redonda Sobre Literatura Peruana y Sociología, así como el Primer Encuentro de Narradores Peruanos, ambos eventos llevados a cabo en 1965, meses antes del debate en cuestión. La reseña de Espezúa sobre estos eventos es crucial, dado que nos permite apreciar el *estado* del pensamiento crítico a partir de los conceptos que sus participantes –Sebastián Salazar Bondy, Alberto Escobar, José Miguel Oviedo, principalmente– proponen, tales como “la captación intuitiva de lo real”, la “responsabilidad creadora” del escritor, la necesidad de un “metalenguaje común”, la obra como “una realidad sacada de la realidad”, entre otros. Progresivamente, Espezúa dará cuenta de la evolución de aquel pensamiento crítico amparado en un marco teórico mucho más rico conformado por Antonio Cornejo Polar, Rodrigo Montoya, Abelardo Oquendo, Carmen María Pinilla, Tomás Escajadillo, Aymar de Llano, Ricardo González Vigil, William Rowe, Gonzalo Portocarrero, Miguel Gutiérrez, José Alberto Portugal, etc.

Entre tantas voces y acontecimientos académicos es revelador también el testimonio de Arguedas cuando hace explícita su convicción de un quehacer literario estrechamente vinculado con un referente externo que le proporciona un conocimiento vital. Así, la literatura se consolida como una “gran verdad”

en la que no cabe ningún tipo de mentira, porque “es algo que no se puede verificar ni asociar con el mundo objetivo”. La interpretación de Espezúa del *hecho literario* en su versión arguediana revela una dinámica excepcional: la ficción *parte* de la realidad, *se realiza* en los aspectos esenciales de ésta y *retorna* a ella para devolverle una imagen inédita y sensible de sí misma.

En el cuarto capítulo el autor se preocupa por problematizar la naturaleza de su objeto de estudio y para ello reflexiona sobre la funcionalidad y el alcance de la categoría “debate”, apelando al Análisis de la Conversación y a la Pragmática. En un segundo momento de este capítulo, y construidas ya las nociones que le permitirán una exhaustiva exploración, analiza todas y cada una de las líneas argumentales de los protagonistas del debate sobre TLS: por un lado, están los críticos literarios Alberto Escobar, José Miguel Oviedo y Sebastián Salazar Bondy; y, por otro, los científicos sociales Henri Favre, Jorge Bravo, José Matos Mar y Aníbal Quijano. Y, desde luego, Arguedas. El autor sostiene que no se concretó un diálogo, porque no hubo la disposición para complementar las perspectivas, todo lo contrario, se apeló a la imposición de posturas deslegitimando otras en una franca intensión hermética. En esta pugna de reflexiones “cerradas, dogmáticas y monológicas” el consenso que se impuso fue el de los científicos sociales: la novela no sirve como testimonio sociológico y, por ende, no brinda una imagen válida de la realidad peruana, ni mucho menos brinda soluciones

viabiles para esta. No obstante, Espezúa ve en Escobar la visión más coherente e integradora, dado que, afianzado en una disciplina eje –la literaria– busca el diálogo productivo con otras: para Escobar TLS es una representación literaria regida por una conciencia estética de estructuración, trabajo con el lenguaje, planteamientos temáticos, caracterización de personajes, etc. Signada, además, por una pretensión totalizante sobre la realidad polivalente y heterogénea del Perú, cuyo sincretismo cultural permite que las sociedades pervivan porque se transculturán.

En el quinto capítulo Espezúa configura un sistema de contra argumentación para desarticular cada uno de los cuestionamientos a la novela. Sus conclusiones son las siguientes: a) la representación literaria en esta obra es de un alcance totalizador al dar cuenta de las dinámicas de transformación de las sociedades heterogéneas peruanas, las cuales se rigen entre la resistencia y la integración, la tradición y la modernidad, b) el carácter realista de esta compleja representación muestra la conflictiva convivencia entre el mundo occidental y el mundo andino, c) considerar las referencias autobiográficas para la interpretación de la novela es comprender que se enriquece el trabajo creativo del escritor con un sustrato vital inagotable de sentidos del cual parte, d) el imaginario andino se expresa en la novela a partir de la construcción de un realismo lingüístico heterogéneo que da vida a una nueva lengua, el quechuañol, e) la mayoría de los participantes en el debate acusaron la falta de un “en-

torno cognitivo” y de un lenguaje en común evidenciando una marcada disparidad e incompatibilidad de los conceptos que guiaron sus argumentos, de manera que en lugar de construir un conjunto de postulados que esclarezcan la obra la dismantelaron desde los “vacíos” que supuestamente no supo llenar, y f) ¿es la problemática de la representación un asunto que sólo concierne a los escritores? Espezúa demuestra que no, pues el crítico juzga una obra demandándole verosimilitud en torno a una realidad sobre la que no tiene competencia. Esta última se constituye, creemos, en una de las más consistentes observaciones del autor.

En el sexto y último capítulo se aborda el estatuto ficcional de TLS. La ficción es asumida como una herramienta necesaria para comprender la realidad. En tal sentido, la ficción arguediana es verdadera, dado que el lector competente pacta con la verosimilitud de la obra al reconocer en ésta el mundo andino captado en sus significaciones más intensas y esenciales. En suma, todos los aportes fundamentales de este libro convergen en uno que ha perfilado la trayectoria intelectual de Espezúa: la recuperación de la trascendencia literaria como vía de conocimiento y de transformación de lo real.

Alex Morillo Sotomayor
Universidad Nacional Mayor
de San Marcos

Jon Beasley-Murray. *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010. xxi + 376 pp.

Este primer libro de Jon Beasley-Murray se inscribe en la familia de textos que, partiendo del análisis de manifestaciones culturales latinoamericanas, exploran las posibilidades de quehacer político en las actuales épocas de globalización. Aunque en este tránsito la instancia cultural deviene hasta cierto punto eclipsada, *Posthegemony* resulta una compleja elaboración teórica, y una ruptura radical con presupuestos previos que el libro se propone desmontar (de ahí que la primera frase del texto sentencia que “no existe ni existió nunca” una verdadera hegemonía). Pero, además, este libro intenta ensanchar el panorama crítico recurriendo a conceptos de diversos teóricos, lo que en su propuesta permitiría comprender fenómenos actuales (y anticipar los venideros) de una manera más certera de la que era posible bajo parámetros hegemónico-ideológicos.

Más allá de negar su importancia histórica en cuanto tal, la crítica central de Beasley-Murray a la tradición gramsciana de la hegemonía es presuponer un Estado y un pacto social, dos construcciones *artificiales* que suelen ser erróneamente consideradas como puntos de partida *naturales*. Alrededor de esta idea, *Posthegemony* ejecuta un doble movimiento: primero, deslegitimar dos alternativas de izquierda (los estudios culturales y la sociedad civil); segundo, proponer como nuevo marco una teoría posthege-